

“LA IGLESIA COMO COMUNIÓN EN CRISTO”

Informe de la Segunda Fase de Diálogo Internacional entre los discípulos de Cristo y la Iglesia Católica-Romana (1983-1992)*

INTRODUCCIÓN

Al término de la primera fase (1977-1981) del diálogo entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia católica, y después de la publicación del informe común, *Apostolicidad y catolicidad* (1982), se había convenido que el estado actual del ecumenismo exigía un estudio profundo de la naturaleza de la Iglesia. Estábamos, en efecto, convencidos de que la identidad

* Aunque con años de retraso, excusamos el despiste producido en su momento y reproducimos este texto en lengua española, con el fin de que en nuestra revista no falte traducido ninguno de los textos fundamentales del diálogo de la Iglesia católica con las otras Confesiones cristianas. Texto original inglés *The Church as Comunión in Christ*, en: *Information Service* 27 (1993) 84 III/IV, 162-169. Traducción al español de la Prof. Dra. Rosa Herrera García. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

cristiana en sí y la misión cristiana en el mundo son inseparables de una comprensión clara y profunda de la Iglesia.

La elección que se ha hecho de concentrar nuestra atención en la Iglesia coincide con la de numerosos otros diálogos ecuménicos actualmente en curso en el mundo: es el caso de las Comisiones Internacionales anglicano-católica, anglicano-reformada y Discípulos-reformados así como de la Comisión luterano-católica en los Estados Unidos. Esta cuestión es objeto de la misma atención por parte de la Comisión Fe y Constitución del Consejo Ecuménico de las Iglesias y de la Iglesia católica. Es un signo de nuestro tiempo que muestra que el movimiento ecuménico atraviesa un período de profundización de los vínculos que existen entre el ecumenismo y la naturaleza de la Iglesia.

Para esta segunda fase, nuestro grupo de diálogo se ha reunido diez veces: en 1983 en Venecia (Italia), en 1984 en Nashville (Tennessee, USA), en 1985 en Mandeville (Jamaica), en 1986 en Cambridge (Inglaterra), en 1987 en Duxbury (Massachusetts, USA), en 1988 en Gethsemani (Kentucky, USA), en 1989 en Venecia (Italia), en 1990 en Toronto (Canadá), en 1991 en Roma (Italia), y en 1992 en San Louis (Missouri, USA). En cada reunión hemos orado juntos, nos hemos encontrado con miembros de las asambleas eclesiales locales y hemos examinado y discutido los parecidos y las diferencias que caracterizan a nuestras dos comunidades. En el curso de nuestras sesiones de trabajo, nos hemos fijado en el modo en que la Iglesia como comunión está vinculada a la nueva creación querida por Dios. Hemos examinado la cuestión de la visibilidad de la comunión eclesial (*koinonia*) tal como es revelada en la celebración de la Eucaristía y mantenida por la continuidad de la tradición apostólica. Y hemos profundizado en el papel del ministerio y de la Iglesia entera para conservar la fe de los apóstoles.

I. LA NATURALEZA ESPECÍFICA DE ESTE DIÁLOGO EN EL CONJUNTO DEL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

El diálogo entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia católica tiene un carácter específico. En categorías tomadas prestadas de la sociología, se podría decir que mana no sólo del

encuentro entre un *ethos*¹ católico y un *ethos* protestante, sino especialmente de los modos por los que unos y otros tienen conciencia de expresar tal *ethos*, protestante para los Discípulos y católico para los Católicos.

En general, en un *ethos* católico el acento se pone especialmente en los sacramentos y la liturgia. Se pone de relieve el carácter comunitario de la fe tanto en la definición de la doctrina como en su afirmación constante en la vida de la Iglesia. La vigilancia episcopal, arraigada en la continuidad y la sucesión apostólica, es juzgada necesaria para la salvaguardia del Evangelio y de la vida de la Iglesia.

En general, en un *ethos* protestante, se pone el acento especialmente en la proclamación de la Palabra, en la necesidad de juzgar cada conciencia individual, según sus vínculos con el Evangelio, y en la responsabilidad de cada individuo de transmitir la Palabra de Dios. La vigilancia episcopal puede ser considerada como deseable pero no esencial para el bien de la Iglesia. A veces se ha discutido que una forma particular de vigilancia tenga su origen en la voluntad de Cristo para la Iglesia. Las estructuras eclesiales se juzgan en la medida en que son fieles al Evangelio y facilitan una proclamación auténtica y una vida cristiana.

Estas diferencias de orden general entre un *ethos* católico y un *ethos* protestante explican las importantes diferencias que existen entre Discípulos y Católicos. No sólo sus tradiciones teológicas y sus estructuras eclesiales son diferentes, sino que su modo de aplicar el misterio cristiano a la vida cotidiana no es el mismo. No obstante, en un cierto número de cuestiones esenciales, lo que tienen en común tiene una importancia más decisiva que su pertenencia a un *ethos* protestante o católico. El vocabulario corriente de las divisiones entre protestantes y católicos no se aplica exactamente a las prioridades específicas de los Discípulos y los Católicos.

El movimiento de los Discípulos surgió del protestantismo en el siglo XIX, pero no tiene nada que ver con una rup-

¹ Por *ethos* entendemos la atmósfera social, mental, religiosa y filosófica que envuelve un grupo e influye en su modo de vida.

tura deliberada con la Iglesia católica y le falta la memoria de las controversias de los siglos XVI y XVII. Además, está particularmente vinculado a la crítica del modo en que el protestantismo contemporáneo comprende y vive la fidelidad al testimonio apostólico. Su intención ha sido guiar a la Iglesia hacia una unidad arraigada en la celebración de la Cena del Señor. Alexander Campbell estaba convencido de que “la unión de los cristianos es esencial para la conversión del mundo”, intuición que no ha perdido nada de su fuerza en el siglo XX². La Iglesia católica proclama, también ella, que está encargada de una misión específica con vistas a la unidad del mundo y afirma que esta unidad se encuentra manifestada y dada en la comunión eucarística. También ella enseña que la salvación del mundo está vinculada al restablecimiento de la unidad de todos los cristianos. De hecho, Discípulos y Católicos persiguen los mismos fines con medios fuertemente marcados por sus respectivas historias. Pero deberán intentar discernir si todas estas afirmaciones y convicciones no son, de hecho, la expresión de una profunda comunión en algunos de los dones más esenciales de la gracia de Dios.

Por eso, tras haber expresado en *Apostolicidad y catolicidad*, un cierto acuerdo, Discípulos y católicos han proseguido su diálogo con el fin de descubrir el grado de comunión que existe ya entre ellos. Su objetivo es llegar juntos, progresando en esta comunión y reforzándola, y con todos los cristianos, a ser (como se dice en la primera epístola de Pedro) “el pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1 Pe 2, 9).

Para ser honesto y evitar que conduzca a un “ecumenismo barato” este diálogo exigía profundizar en dos pistas importantes y complementarias. Ha sido necesario en primer lugar precisar claramente los problemas sobre los que Discíp-

² Campbell, “Foundation of Christian Union”, *Christianity restored*, Bethany (Va), 1835, 103-104 (más comúnmente citado en la segunda edición *The Christian System* 1839, 115). Alexander Campbell (1788-1866) hijo del reverendo Thomas Campbell, pastor presbiteriano secesionista de Ahorey (Irlanda) que había emigrado a los Estados Unidos en 1807, era Presidente del Bethany College (West Virginia) y jugó un papel de primer plano en la afirmación de los Discípulos de Cristo como movimiento religioso distinto.

pulos y Católicos difieren en razón de su historia y de su *ethos*. Pero a continuación ha sido necesario discernir en qué estas diferencias son realmente causas de división. ¿No son más bien dos maneras diferentes de manifestar o de vivir la misma convicción fundamental? Si es así, sería necesario plantear otra cuestión: ¿cómo se podría manifestar visiblemente esta comunión que existe ya? Más precisamente: ¿cuáles son los cambios necesarios para que este grado de comunión contribuya al pleno restablecimiento de la unidad cristiana?

Diferencias en la Fe y la vida cristiana

A primera vista, las diferencias históricas entre la Iglesia católica y los Discípulos de Cristo parecen hacer irremediable su división. Los Católicos estiman que se sitúan en el contexto de la historia ininterrumpida de la Iglesia, y los Discípulos estiman que se sitúan en el contexto de su origen en cuanto movimiento reformado (salido de la Iglesia presbiteriana) determinado a buscar los medios de superar el denominacionalismo. Mientras los Católicos consideran a la Iglesia en continuidad, a lo largo de toda la historia, con la enseñanza de los apóstoles, los Discípulos piensan que ciertas discontinuidades en la vida de la Iglesia han sido necesarias en interés del Evangelio. Los católicos ven en las profesiones de fe y las definiciones doctrinales un signo de la asistencia del Espíritu Santo para mantener a la Iglesia en la unidad y guiarla hacia la verdad perfecta. Los Discípulos han querido permanecer fieles a la Iglesia apostólica del Nuevo Testamento con su visión de la unidad en Cristo, pero se muestran desconfiados con vistas a los numerosos credos, confesiones y enseñanzas doctrinales en el seno de la tradición cristiana, estimando que el modo en el que son utilizados representa una amenaza para la unidad. Esto les ha conducido igualmente a desconfiar de la estructura de la autoridad episcopal que la Iglesia católica considera como un medio necesario para asegurar la continuidad con los apóstoles y con su enseñanza. Los católicos están convencidos de que el Colegio de obispos en comunión con la Sede de Roma, enseñando conjuntamente con otros ministros ordenados y con la

Iglesia entera, es un medio necesario para mantener a la Iglesia en continuidad con los apóstoles.

La celebración de la Eucaristía (llamada igualmente Cena del Señor o misa) ocupa un lugar central tanto entre los Católicos como entre los Discípulos, pero es comprendida de modo diferente.

Para los Discípulos, la centralidad de la Cena del Señor es puesta de relieve por su celebración dominical. Obedeciendo al mandamiento del Señor “haced esto en memoria mía”, los Discípulos estiman que están en comunión con los fieles de todos los lugares y de todos los tiempos. Por eso llaman a todos los bautizados a la mesa de comunión y han eliminado, en particular, todo credo formal que pueda impedir a los cristianos recibir juntos la comunión. No obstante, no han reconocido, en general, la validez del bautismo de niños, hasta nuestra época. Considerándose una Iglesia de creyentes sobre el modelo de la Iglesia del Nuevo Testamento, los Discípulos han administrado el bautismo sobre la base de la confesión de fe en Cristo y han visto en la fe más una actitud confiada y una vida de testimonio que una adhesión a fórmulas doctrinales. Han subrayado el papel de toda la asamblea eucarística en el testimonio de la fe apostólica y se han sentido libres de designar, según su orden eclesial, miembros de la comunidad diferentes a los ministros y los ancianos ordenados para presidir la Eucaristía, especialmente en caso de ausencia del pastor o del anciano habituales. Mediante la práctica del bautismo de los creyentes y el restablecimiento de la celebración semanal de la Eucaristía, los Discípulos afirman que están en continuidad con la fe apostólica.

Los Católicos, cuando celebran la Eucaristía, afirman, también ellos, que están en continuidad con la fe de los apóstoles. De hecho, consideran la celebración de la Eucaristía como un medio de estar en comunión con el Cuerpo de Cristo entero. Subrayan que la Eucaristía es el signo de la unidad de la Iglesia, y por eso no invitan a la celebración eucarística más que a los que están en comunión con el obispo, y por él, con todas las Iglesias locales en comunión con el obispo de Roma en todo el mundo. Administran el Bautismo a los niños y subrayan el papel de toda la comunidad para sostener y alimentar la fe. Utilizando los antiguos credos y las liturgias tradicionales, los Católicos estiman que están en continuidad

con generaciones de cristianos que les han precedido desde los apóstoles. Para los Católicos la fe no se limita a la adhesión a estas formulaciones, pero no es reconocible sin esta adhesión. Mientras los diferentes miembros tienen dones diferentes en la vida de la Iglesia, sólo el obispo o un ministro ordenado en comunión con él están autorizados a presidir la celebración de la Eucaristía.

Los Discípulos no han dejado de criticar ciertos desarrollos en la historia de la Iglesia, viendo en ellos incluso errores que deberían ser corregidos, pues son conscientes de los límites humanos. Se inclinan a ver el pecado en muchos aspectos de la Iglesia institucional. Los Católicos ven el pecado en los miembros de la Iglesia tomados individualmente, pero, porque creen que la Iglesia pertenece a Cristo y ha recibido los dones del Espíritu que la guardan en la santidad y en la verdad, son reticentes a ver el pecado y el error en las acciones y las enseñanzas de la Iglesia, prefiriendo con mucho ver en ella la continuidad con la enseñanza apostólica.

Discípulos y Católicos consideran las enseñanzas de la Iglesia con una mirada favorable, al mismo tiempo que crítica. La diferencia de sus respectivas condiciones con respecto a la Iglesia como institución impulsa a los Católicos a estar mejor dispuestos y a los Discípulos a ser más críticos con ella. También difieren en la importancia relativa concedida, por una parte al discernimiento y a la conciencia de cada individuo, y por otra al espíritu comunitario. Se puede decir que los Católicos tienen la convicción de que, aunque deben decidir por sí mismos, *no pueden* decidir sólo *por* sí mismos. Por su parte, los Discípulos tienen la convicción de que, aunque pueden decidir por sí mismos, ellos *deben* decidir *por* sí mismos.

De hecho, Católicos y Discípulos parecen tan diferentes y viven de modo tan diferente que, para muchos de sus miembros, la idea de que estas diferencias podrían ser superadas es casi inimaginable.

¿Una convergencia de visión?

Nuestro diálogo nos ha permitido, no obstante, constatar que a pesar de estas diferencias reales y persistentes, nues-

tros respectivos modos de comprender a la Iglesia son convergentes sobre ciertos puntos esenciales que Discípulos y Católicos consideran como necesarios para la unidad visible de la Iglesia. Nosotros estamos convencidos de que esta convergencia es importante no sólo para nuestras dos tradiciones, sino también para todas las comunidades que dialogan con el mismo objetivo.

Habíamos comenzado ya a constatar cierta convergencia en el curso de la primera fase de nuestro diálogo. En *Apostolicidad y catolicidad*, hemos visto que nuestras dos tradiciones habían proseguido a veces el mismo objetivo por medios diferentes. Hemos adquirido la convicción de que “es el único Espíritu de Dios el que nos ha llevado a Cristo y el que sigue moviéndonos hacia la plena unidad visible”.

En la segunda fase de nuestro diálogo, hemos profundizado en nuestra convicción de que estamos de acuerdo sobre algunos puntos esenciales, y el objetivo de esta declaración de convergencia es precisar nuestra visión común de la Iglesia. No tenemos la intención de examinar el grado de comunión que existe entre Discípulos y Católicos. Tampoco pretendemos abordar separadamente otras cuestiones sobre las que estamos divididos. Deseamos más bien exponer nuestra comprensión común del conjunto del plan de Dios para reunir y rescatar a la familia humana, y del papel primordial de la Iglesia en la manifestación y la realización de este plan. Al hablar del don de salvación hecho por Dios a la humanidad entera, y los medios que él nos da para recordar y anunciar este don, hemos descubierto que tenemos la misma comprensión de la naturaleza fundamental de la Iglesia.

II. NUEVA CREACIÓN Y COMUNIÓN

Los cristianos profesan que el mismo Dios que ha creado a los hombres, también los ha salvado. Dios no ha abandonado a la humanidad a su inclinación al pecado, sino que por el plan de salvación le ha dado la posibilidad de obtener el perdón de sus pecados y de emprender una nueva vida. Este plan de salvación culmina en Jesucristo. En el Espíritu Santo, por el Hijo, el Padre reúne en una comunidad a todos los que se habían alejado. Al hacer salir a los hombres de su aisla-

miento y reunirlos en una comunión (*koinonia*), Dios hace una nueva creación –una humanidad constituida actualmente como hijos de Dios, un pueblo consciente de haber obtenido el perdón de sus pecados y de haber renunciado a lo antiguo y haberse revestido de lo nuevo, incluso en la espera del cumplimiento futuro (cf. Rm 8, 18-25).

Esta acción de Dios –el perdón de los pecados y la nueva creación y nuestra respuesta en forma de acción de gracias y de alabanza– es esencial para vivir y comprender la *koinonia* en el Nuevo Testamento. San Pablo utiliza este término para describir la participación en la Eucaristía (1 Cor 10, 14-20). Cuando parten el pan y bendicen el cáliz, los cristianos están en *koinonia* con el cuerpo y la sangre de Cristo. Las comunidades que han contribuido a la colecta en favor de los santos de Jerusalén estaban unidas a aquellos en la *koinonia* por el hecho de compartir los bienes materiales (2 Cor 8, 3-4; Rm 15, 26-27; Fil 1, 5). Sin embargo, en otra acepción del término, se pone el acento en la comunión fraterna de los que caminan en la luz porque están en comunión con el Padre y el Hijo, y por consiguiente, unos con otros (1 Jn 1, 3, 7).

Hablar de comunión (*koinonia*) es hablar de la manera en que los hombres llegan a conocer a Dios por la revelación de su designio para la humanidad. Dios, en Cristo por el Espíritu Santo, llama a los hombres a participar en la comunión fraterna en la vida divina, una llamada a la que responden por la fe. Así, el término comunión se aplica primero a la comunión con Dios y después al hecho de compartir unos con otros. De hecho, en virtud del don de la gracia de Dios por Jesucristo una comunión profunda y duradera es posible; por el bautismo, las personas participan en el misterio de la muerte, de la sepultura y de la resurrección de Cristo y se incorporan al uno y único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

La nueva creación es un anticipo de lo que vendrá en toda su plenitud por el Espíritu al final de los tiempos. El Espíritu de Dios, actuando en la historia, es el agente principal de esta comunión que es la Iglesia. Las personas se ponen en relación viva con el Padre a través del Hijo por el poder del Espíritu. Así, las relaciones humanas se sitúan en un nuevo contexto que permite a todos reconocerse unos a otros como hijos iguales de Dios y ver en los vínculos que los unen un don de Dios. Los que han llegado a esta nueva comprensión de sí

mismos ven en cada ser humano hombres y mujeres que Dios quiere igualmente salvar. El acto redentor de Dios en Cristo exige que toda la humanidad esté unida.

Eucaristía y continuidad con la Comunidad Apostólica

Para ser la comunión querida por Dios, la Iglesia debe vivir con la memoria de sus orígenes, recordando con agradecimiento lo que Dios ha hecho por Jesucristo. Su vida se apoya en esta memoria y se nutre de ella. En el cumplimiento de su misión, la Iglesia proclama la buena nueva de los actos gratuitos y salvíficos de Dios, predicando la Palabra, celebrando los sacramentos y dando la nueva vida que viene de Dios.

Vivir con esta memoria significa, tanto para los Discípulos como para los Católicos, estar en continuidad con el testimonio de la generación apostólica. El Nuevo Testamento habla de los diferentes modos en los que, en los primeros tiempos, se apelaba a los Apóstoles, y han jugado un papel capital y excepcional elaborando y comunicando el Evangelio. La Iglesia está fundada sobre su proclamación. Han formado o alimentado a las primeras comunidades y han elegido muy pronto colaboradores entre la primera generación de cristianos para compartir con ellos el trabajo apostólico de predicación, de enseñanza y de guía pastoral.

Discípulos y Católicos romanos tienen en común la determinación de vivir y de enseñar de tal manera que el Señor, a su vuelta, pueda encontrar una Iglesia que dé testimonio de la fe de los apóstoles. Conservando la memoria de la enseñanza de los apóstoles, proclamándola y viviéndola de nuevo en los tiempos presentes, Discípulos y Católicos estiman que se mantienen en continuidad con el testimonio apostólico y forman una tradición viva integrada “en la construcción que tiene como fundamento a los apóstoles y los profetas, y Jesucristo mismo como piedra angular” (Ef 2, 20).

La memoria, en el uso bíblico, es más que un recuerdo del pasado. Es la obra del Espíritu Santo que vincula el pasado con el presente y conserva el recuerdo de aquello de lo que depende todo –la fe misma y la Iglesia que encarna esta fe. Por consiguiente, gracias al Espíritu, la fuerza de lo

que se rememora es de nuevo actualizada y las generaciones que se suceden se apropian el acontecimiento conmemorado. El Espíritu mantiene vivo el sentido de la fe en el conjunto de la comunidad y prodiga una variedad de carismas que la hacen capaz de vivir con la memoria de Jesucristo. En la Eucaristía, en particular, el Espíritu hace presente a Cristo a los miembros de la comunidad.

Discípulos de Cristo y Católicos celebran regular y frecuentemente la Eucaristía –al menos cada domingo. A pesar de las diferencias en su comprensión de la Eucaristía, comparten la convicción de que la comunión querida por Dios reviste su especificidad en la Cena del Señor. De hecho, la celebración de la Eucaristía renueva, actualiza y profundiza la comunión visible con Dios. En la asamblea eucarística, celebran la salvación como un don dado por Dios en Jesucristo, un don que confiere el poder de servir. Participar en la celebración eucarística es ser confirmado en la pertenencia al pueblo de Dios, ser investido de poderes por Cristo a través del Espíritu Santo, y participar así en la obra de reconciliación en el mundo.

La Eucaristía es un acto por el que una realidad divina que, sin él, estaría más o menos escondida, emerge y se hace presente. Lo que es revelado es el plan de salvación, la buena nueva de que Jesucristo reconcilia a la humanidad con el Padre. La Eucaristía simboliza y actualiza al mismo tiempo que el don de Cristo mismo, la salvación que él nos ofrece. En la Eucaristía, la fe es nuevamente evocada y alimentada en el que participa en ella; para la comunidad, ella es la expresión de los elementos esenciales de la fe y de la vida cristiana.

La Eucaristía es un acontecimiento comunitario. En ella, los cristianos se unen a Cristo y los unos a los otros. Es la acción que expresa más plenamente la comunidad que es la Iglesia. Por ella, los cristianos profundizan más y consolidan los vínculos que unen su comunidad local con otras comunidades cristianas. Además, se sienten solicitados por la comunión eucarística a ocuparse de todos aquellos a quienes Dios ha creado, sobre todo de los que sufren. De hecho, la Eucaristía es esencial para la existencia y la misión de la Iglesia de Dios en el mundo. Los cristianos reconocen que uno de los criterios de su credibilidad a los ojos del mundo, en cuanto

símbolo de la presencia de Dios, consiste en la calidad de la comunión que les une entre ellos y con los otros.

En Cristo, Dios invita a la Eucaristía y une en un solo cuerpo a todos los que parten el mismo pan y comparten la misma copa. En la mesa del Señor la unidad de la Iglesia se realiza, pues los creyentes están allí unidos a Cristo y entre ellos. Así, precisamente porque la celebración de la Eucaristía es el punto culminante de la vida de la Iglesia, la desunión entre cristianos es más vivamente sentida en el momento de la Eucaristía; su incapacidad de celebrar juntos la Cena del Señor les hace menos aptos para manifestar la plena catolicidad de la Iglesia.

Enseñanza y continuidad con la Comunidad Apostólica

Discípulos y católicos están convencidos de que deben, en su fe, permanecer en continuidad con los apóstoles, aunque conciban esta exigencia de modo diferente. Esta convicción común los estimula a examinar el modo en que han permanecido, cada uno en su lado, en continuidad con la comunidad apostólica y de considerar también la posibilidad de encontrar un enriquecimiento en los dones conmemorados y practicados más integralmente por los otros. Aprendiendo a conocerse mejor, se han dado cuenta de que conservan, por una y otra parte, un buen número de medios por los que se ha mantenido la tradición apostólica.

Unos y otros aceptan las Escrituras como un testimonio normativo de la fe apostólica. Concuerdan igualmente en el hecho de que la historia de la Iglesia, tras la redacción del Nuevo Testamento y la formación del canon, pertenecen a la continuidad de la Iglesia en la tradición apostólica, aunque subrayan puntos diferentes en su comprensión de la importancia de esta historia. Encuentran, por las dos partes, numerosos desarrollos de esta historia, que, puesto que son obra del Espíritu Santo, tienen un valor normativo para la Iglesia. Afirman que el Evangelio forma parte integrante de la Tradición³ de la Iglesia.

³ El empleo de una T mayúscula es consecuencia de la definición adoptada por la Conferencia de *Fe y Constitución* en Montreal en 1963:

Cuando evalúan las primeras formulaciones doctrinales, Católicos y Discípulos quieren hacerlo permaneciendo en continuidad con la historia de la Iglesia, aunque de modo diferente; esta diferencia es importante y pide un examen suplementario. Por una y otra parte se reconoce que las declaraciones doctrinales no agotan jamás la significación de la Palabra de Dios y que, para ser claras, necesitan ser interpretadas o completadas por otras formulaciones. Reconocen igualmente que pueden ser necesarias nuevas declaraciones doctrinales para preservar el Evangelio cuando está en peligro, o para anunciarlo en un nuevo contexto cultural.

La finitud y el pecado pueden hacer insuficiente y selectiva la memoria humana, y estas limitaciones afectan a la Iglesia en marcha. Pero Católicos y Discípulos están de acuerdo en decir que el Espíritu Santo sostiene a la Iglesia en comunión con la comunidad apostólica, pues Cristo ha prometido que el Espíritu “os enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 26). El Espíritu ayuda a la Iglesia a comprender su pasado, a recordar lo que habría quedado olvidado y a discernir lo que debe ser renovado para proclamar eficazmente el Evangelio en cada época y en cada cultura. Esto subraya la importancia de la reflexión y del estudio en la vida de la Iglesia para que la memoria permanezca viva.

La continuidad con la tradición apostólica exige una nueva comprensión o una nueva práctica de la condición de discípulo elegida por la Iglesia con el fin de transmitir eficazmente la misma fe apostólica en tiempos y en lugares nuevos. Dado que la Iglesia recibe la Tradición apostólica en condiciones y contextos diferentes, el Espíritu le permite permanecer firmemente anclado a la fe apostólica y discernir los desarrollos auténticos de su pensamiento y su práctica. El Espíritu Santo garantiza que en definitiva la Iglesia no dejará de dar un testimonio fiel del plan divino.

De esta manera, la Iglesia no hace sólo memoria (en el sentido bíblico) de lo que se ha hecho en el pasado, a saber del acto salvífico en Jesucristo, ni únicamente de lo que se ha

“Por *la Tradición* se entiende el Evangelio mismo, transmitido de generación en generación en y por la Iglesia, Cristo mismo presente en la vida de la Iglesia”.

prometido para el futuro (cf. par. 28): sino que en el corazón mismo de la memoria de la Iglesia, los actos salvíficos de Dios en el pasado son los signos anticipadores de una transformación, aunque el futuro se manifiesta ya en el presente. Vista en la perspectiva de las Escrituras, la salvación emerge del pasado e irrumpe en el porvenir.

Los dones del Espíritu a la Iglesia

El Espíritu Santo da a la Iglesia no sólo esta memoria que le permite permanecer en la Tradición apostólica, sino que está igualmente presente en la Iglesia cuando ayuda a los cristianos y a toda la comunidad de los bautizados a penetrar más profundamente en el misterio de Cristo. Discípulos y Católicos reconocen en esto un don constitutivo de Dios a la Iglesia. Por el Espíritu Santo, el creyente es atraído al amor de Cristo por su Padre, por la humanidad y por la creación entera. La voluntad del creyente es llevada, también ella, a unirse a la voluntad de Cristo en la obediencia al Padre. Así, cada creyente es atraído de modo cada vez más profundo a una comunión con Cristo en su acto de ofrenda de sí mismo, manifestado en la Eucaristía. A su vez, esta comunión se convierte en el centro de una vida de testimonio de Cristo.

El cristiano recibe el don de la fe en el interior de la comunión (*koinonia*) que es la Iglesia y con vistas a ésta. Por eso, el sentido de la fe (*sensus fidei*) en la vida de un cristiano es una expresión del alcance de su participación, por el mismo Espíritu, en la vida del cuerpo eclesial en cuanto tal; esto expresa el instinto de fe del cuerpo entero. El dinamismo interior del don de la fe –la fuerza del Espíritu Santo que atrae a los creyentes a una unidad espiritual– sostiene la interacción de la fe de cada individuo y de la fe de la comunidad.

El Espíritu dispensa una variedad de dones o de carismas que permiten a la Iglesia en su conjunto recibir y transmitir la Tradición apostólica. Los dones esenciales son los que son propios del culto, sobre todo en la celebración de la Cena del Señor. En el acto de celebrar la Eucaristía, toda la comunidad de los bautizados está reunida por el Espíritu Santo en una unidad visible de fe, de esperanza y de amor. Con el

carisma de aquel que preside la celebración, muchos otros carismas pueden ponerse al servicio de la Iglesia en esta acción central de su vida. Pues hay carismas de formación cristiana, como el testimonio de fe dado por los padres a sus hijos y por los que enseñan en las escuelas y comunidades.

La memoria de la fe apostólica es además conservada en la vida vivida según el Evangelio. Los fieles tienen el sentido de la solicitud hacia todos los hombres, de la responsabilidad por su bienestar y de la participación en sus sufrimientos, en sus penas, en lo que les oprime así como en sus gozos, en su felicidad y su liberación. Los carismas que permiten las obras de misericordia –a favor de los pobres, de los indigentes, de los sin techo, de los enfermos y de las personas mayores– recuerdan a toda la comunidad el imperativo evangélico del amor.

Además, se encuentran dones extraordinarios en la vida de las personas que dan un testimonio vivo del Evangelio y que cautivan la imaginación de la comunidad de los bautizados de un modo que recuerda el Evangelio y la Tradición apostólica. La autenticidad de estos dones, como de todos los demás dones, debe ser verificada por la Iglesia.

En la reciprocidad y la complementariedad de los diferentes carismas dispensados a la Iglesia para su bien, el ministerio ordenado recibe el don particular de mantener a la comunidad en la memoria de la Tradición apostólica. Discípulos y Católicos afirman que el ministerio cristiano existe para actualizar, transmitir e interpretar fielmente la Tradición apostólica cuyo origen se remonta a la primera generación. Tiene igualmente como tarea especial servir y promover la unidad de la Iglesia. En el origen, la intención de la comunidad apostólica, al instituir los ministerios en otras localidades, era designar colaboradores más que elegir sucesores: lo que había comenzado como una expansión de la comunidad en el espacio se convirtió más tarde en una expansión en el tiempo. Esta constatación nos ha aparecido como una aclaración útil que nos permite afirmar nuestra comprensión común de la importancia de la sucesión.

Aunque, históricamente, los Discípulos proceden de tradiciones que, en el momento de la Reforma, han rechazado el episcopado tal como los reformadores lo veían en la Iglesia

católica, han reconocido que la tarea ministerial, repartida en la comunidad local entre los ministros y los ancianos ordenados, es esencial para la existencia de la Iglesia y es un signo de la continuidad de la Tradición apostólica. Los católicos estiman que el obispo –actuando en la Iglesia local en colaboración con los sacerdotes, los diáconos y la comunidad entera, y en comunión con todo el colegio de los obispos del mundo entero unido a su jefe, el obispo de Roma– mantiene viva la fe apostólica en la Iglesia local con el fin de que ésta pueda permanecer fiel al Evangelio⁴. Discípulos y Católicos afirman que toda la Iglesia participa en el sacerdocio y en el ministerio de Cristo. Afirman además que los ministros ordenados tienen el carisma específico de re-presentar a Cristo para la Iglesia. Estiman que Dios ha concedido a la Iglesia todos los dones necesarios para la proclamación del Evangelio; pero esto no quiere decir que cada miembro haya recibido todos los carismas o la autoridad para hacerlo. Porque ha sido constituido en cuerpo por el Evangelio, todo el pueblo de Dios puede permanecer firmemente vinculado a “la fe que ha sido transmitida a los santos definitivamente” (Jud 3). El ministerio ordenado recibe expresamente el carisma de discernir, de declarar y de promover lo que está contenido en la memoria auténtica de la Iglesia. En un proceso semejante, este carisma al servicio de la memoria está en comunión con el instinto de fe del cuerpo entero. Por esta *comunión*, el Espíritu guía a la Iglesia.

La Iglesia

Descubrimos así que nuestras diversidades son reales pero que no son todas necesariamente signos de división. Católicos y Discípulos tienen más cosas en común de lo que se podría pensar tras la exposición de sus diferencias. Actualmente, tenemos la certeza de que al proclamar juntos que la Iglesia es *comunión*, estamos de acuerdo en una cuestión extremadamente importante que no puede estar aislada de muchas otras cuestiones fundamentales relativas a la fe. Esta-

⁴ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 22.

mos de acuerdo –con un buen número de otros cristianos– sobre verdades importantes:

- una persona es salvada al convertirse en miembro de esta comunión de creyentes, representada en el Nuevo Testamento por imágenes tales como el Cuerpo de Cristo, el Templo de Dios, la viña, la casa de Dios;
- esta comunión no se da nunca en el creyente sin la participación de otros creyentes, algunos de los cuales son los ministros de la Iglesia que tienen la tarea específica de anunciar la Palabra de Dios y de presidir la celebración de los sacramentos. Por la Palabra y los sacramentos, la Iglesia es la servidora o el instrumento del plan de salvación de Dios;
- en definitiva, es una comunión con la comunidad apostólica, cuya memoria permanece constantemente viva y presente, sobre todo gracias a la acción del ministerio ordenado, al testimonio de los miembros santos y comprometidos de la comunidad y a la manifestación del pensamiento de la Iglesia por todos los miembros que se esfuerzan por ser fieles a su vocación.

Desembocamos así en un acuerdo muy importante sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia. La Iglesia de Dios es esta parte de la humanidad que, por la fe y el poder del Espíritu Santo, responde al plan de salvación de Dios revelado y actualizado en Jesucristo. Se convierte, pues, en la comunidad de todos los que, en Cristo y por el don de Dios, están unidos en una comunión con el Padre y entre ellos. Sus miembros están llamados a vivir de tal manera que, a pesar de sus fracasos y sus debilidades, esta comunión sea visible y esté constantemente a la búsqueda de una realización más perfecta.

Esta visibilidad se realiza especialmente en la celebración de la Eucaristía. Reunidos tras haber confesado su fe, los bautizados reciben el cuerpo y la sangre de Cristo, Hijo de Dios, que ha reconciliado a la humanidad con Dios en un solo cuerpo por la cruz. Participan en la comunión de los santos y con los miembros de toda la casa de Dios. Además, lo que se celebra en la Eucaristía debe ser actualizado en una vida de

oración y fe comunes, de fidelidad al Evangelio, de comunicación de los bienes espirituales e incluso materiales de la comunidad, y de compromiso para cumplir la voluntad de Dios con el fin de que la obra salvífica de Cristo se extienda y sea ofrecida a todos.

La participación en esta *comunión* comienza con el bautismo y encuentra su apoyo permanente en el contexto de la asamblea eucarística. El Espíritu Santo utiliza a la Iglesia como la servidora por la que la Palabra de Dios se mantiene viva y es constantemente proclamada, los sacramentos son celebrados, el pueblo de Dios es servido por los ministros que tienen la responsabilidad de la vigilancia y por la que la vida auténticamente evangélica se manifiesta por la vida de santidad y de enseñanza de los miembros de Cristo. Por eso Discípulos y Católicos están de acuerdo en decir que la Iglesia es la asamblea de todos los bautizados, la comunidad en la que son constantemente mantenidos en la memoria del testimonio apostólico y alimentados por la Eucaristía. La Eucaristía no es celebrada ni recibida nunca por un miembro aislado de la comunidad eclesial reunida en torno a sus ministros. La Iglesia es, pues, a la vez el signo de la salvación (ser salvado es estar en *comunión*) y la comunidad por la que la salvación es ofrecida.

Por esta comunión –que es la Iglesia- Dios da igualmente un signo eficaz al mundo. Este signo contrasta con las divisiones y el odio que existen en el seno de la humanidad. Aunque esté siempre marcada por las debilidades de sus miembros, la Iglesia de Dios demuestra que la división de la humanidad causada por la corrupción del corazón humano, con su egoísmo y su deseo de posesión o de poder, ha sido vencida por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo. Una nueva vida se hace posible, la vida de los hijos de Dios de la que los vínculos que los unen son un don del Padre.

Además, sabiendo que Dios quiere que todos los seres humanos se conviertan también en miembros de Cristo, los cristianos están llamados a darse a sí mismos en testimonio vivo al servicio de la humanidad. Este servicio alcanza su punto culminante cuando se comprometen en la predicación del Evangelio, en obediencia al mandato de Cristo, su Señor. De esta manera la Iglesia es no sólo un signo de la nueva humanidad querida por Dios, sino que es también un instru-

mento que el Espíritu Santo utiliza para traer la salvación en todas las situaciones y en todas las necesidades de los hombres, en todos los lugares, hasta el fin de la historia.

Podemos, pues, afirmar con gozo la convicción tradicional de que la Iglesia es a la vez una epifanía del destino querido por Dios para toda la humanidad y un medio para cumplir este destino. Estas funciones inseparables, de signo e instrumento, de epifanía y de medio, están contenidas en la expresión “la Iglesia es el sacramento del plan de Dios” empleada en las tradiciones católica y ortodoxa. Esta expresión significa que Dios realiza el plan de salvación en y por la comunión de todos los que confiesan a Jesucristo y que viven según esta confesión. En verdad, sabemos que esta obra salvífica no se limita a los que confiesan a Cristo explícitamente, sino que los beneficios de la obra de Cristo son ofrecidos a todos los hombres. Nosotros deseamos que estos beneficios puedan ser aceptados por un buen número de aquellos que no reconocen plenamente al dispensador de los dones que reciben. No obstante, creemos firmemente que la Iglesia, al hacer visible la obra reconciliadora de Dios y ser la sierva de Dios en el cumplimiento de esta obra, aparece como una luz en la cima de la montaña que despierta al mundo para que tome conciencia de su verdadero destino. La comunión que es la Iglesia permite a los hombres dar testimonio de lo que profesa la fe cristiana: la salvación existe y viene de Dios por Cristo.

El trabajo futuro

De hecho, no hemos abordado todavía algunos puntos entre los más importantes que siguen dividiéndonos. Pues creemos que estas cuestiones sólo pueden ser tratadas honestamente y en profundidad sobre la base de un acuerdo similar al que se realiza en el documento que publicamos. Además, estamos convencidos que deberán ser examinadas en relación con el trabajo de otros diálogos ecuménicos bilaterales que se ocupan, también ellos, de estas cuestiones. Se propondrán para que se incluyan en el orden del día de nuestros futuros encuentros. Cuatro de estas cuestiones tienen una importancia muy particular para la unidad visible de la Iglesia:

En primer lugar, nuestro diálogo nos ha hecho tomar conciencia de un punto que debemos estudiar más a fondo, aunque estamos de acuerdo sobre el significado y la función de la Eucaristía, pensamos que necesitaremos examinar aún nuestra práctica y nuestra enseñanza tradicionales relativas a la presencia del Señor en la celebración de la Cena, su naturaleza sacrificial, el papel del ministerio ordenado y el de la comunidad. Esto es importante, habida cuenta del acento puesto tanto por los Discípulos como por los Católicos en la celebración semanal de la Cena del Señor y de su vínculo con la unidad visible de los cristianos.

Una segunda cuestión concierne al modo en que comprendemos la estructura fundamental de la Iglesia reunida en torno a la Eucaristía y la comprensión de la tradición católica romana del episcopado –conferido por un sacramento como institución necesaria para la celebración de una Eucaristía auténtica.

La tercera cuestión es la de la naturaleza de la regla de fe en una historia que cambia. ¿En qué sentido “la fe transmitida definitivamente a los santos” se ha expresado en la enseñanza de la Iglesia a lo largo de los siglos?

Finalmente, una cuestión que deberá ser examinada por todas las Iglesias y Comunidades que dialogan con la Iglesia católica es la de la primacía del obispo de Roma y la afirmación de que esta primacía está fundada sobre la voluntad de Cristo para la Iglesia.

Se trata de cuestiones delicadas. Creemos, no obstante –tras diez años de diálogo sobre la Iglesia- que será posible aclarar muchas interpretaciones erróneas (por una y otra parte) y encontrar eventualmente el camino para progresar hacia el tipo de *metanoia* (arrepentimiento) mutuo y de convergencia que permitirán estar en *comunión* profunda sobre algunos de los dones más importantes de la gracia de Dios, y de hacer posibles pasos significativos e irreversibles sobre nuestro camino hacia la unidad plena querida por Dios.

7 de diciembre de 1992

Lista de participantes

Discípulos de Cristo

- Dr. Paul A. Crow Jr, Indianapolis, Indiana, USA (copresidente)
- Dr. M. Eugene Boring, Fort Worth, Texas, USA (1988-92)
- Rvdo. Dr. Bevis Byfield, Kingston, Jamaica
- Dr. Efele Elonda, Mbandaka, Zaire (1983-90)
- Dr. H. Jackson Forstman, Nashville, Tennessee, USA
- Dra. Nadie Lautsky, Fort Worth, Texas, USA
- Dr. Russel D. Legge, Waterloo, Ontario, Canadá (1983-90)
- Dr. W. Paulsell, Lexington, Kentucky, USA (1986)
- Dr. Roy Stauffer, Memphis, Tennessee, USA (1987)
- Dr. Paul S. Stauffer, Indianapolis, Indiana, USA (1983-86)
- Dr. M. Jack Suggs, Fort Worth, Texas, USA (1983-87)
- Dr. William Tabbernee, Enid, Oklahoma, USA (1989-92)
- Dr. David M. Thompson, Cambridge, Inglaterra, (cosecretario)
- Dr. Robert K. Welsh, Indianapolis, Indiana, USA (Dirección 1983-1987)

Católicos

- S. Exc. Mons. Samuel E. Carter, SJ, Kingston, Jamaica (copresidente)
- S. Exc. Mons. Kevin McNamara, Dublín, Irlanda (1983-87)
- S. Exc. Mons. Basil Meeking, Christchurch, Nueva Zelanda
- Rvdo. P. Michael Jackson, Londres, Inglaterra (1988-92)
- Rvdo. P. Dr. Kilian McDonnell, OSB, Collegeville, Ninesota, USA
- Rvdo. P. Dr. John P. Meier, Washington, DC, USA
- Mons. John Mutiso-Mbinda, Ciudad del Vaticano (1986-92) (cosecretario)
- Dra. Margaret O´Gara, Toronto, Canadá
- R.P. Dr. J.M.R. Tillard, OP, Ottawa, Canadá

